

CARRILLO Y SOTOMAYOR, LUIS (CA. 1582/1585-1611)

CANCIONES

Canción primera

«Huyen las nieves, viste yerba el prado,
enriza su copete el olmo bello;
humilla el verde cuello
el río, de sus aguas olvidado;
para sufrir la puente,
murmura de sus ojos la corriente.

Muda a veces la tierra, triste y cano
mostró en blancura el rostro igual al cielo.
Desechó, ufano, el hielo;
vistió el manto florido del verano;
mostrónos su alegría,
en brazos de horas, el hermoso día.

El que altivo luchaba con la tierra
y, aunque fuerte, temía entre sus brazos,
da apacibles abrazos
al alto roble que templó su guerra;
y, siendo tan violento,
sólo es ladrón en flores, de su aliento.

Muestra el fértil otoño, caluroso,
el escondido rostro en fruto y flores,
envidian sus colores
en arco el iris, en su carro hermoso
el dueño del Oriente:
afrenta el hielo la risueña fuente».

Esta verdad dijeron, cuando daba,
celos, deshecha el alma en triste llanto
por tu ausencia, entre tanto,
que mi dicha tu olvido disfrazaba,
para engañarme, en perlas:
salió el alma a los ojos para verlas.

Mas la esperanza firme, por ser mía,
así altiva responde a su tirano:

«Vuelve el invierno cano,
volverás, Celia, cual la escarcha fría;
en su verdad espero,
si a manos antes de mi fe no muero».

Canción segunda

Baña el cansado rostro, caluroso,
en el soberbio mar el sol, y, triste,
celos y agravios viste
el viudo prado y viudo cielo hermoso,
y, por gemir enojos,
trocara en lengua sus dorados ojos.

De su tierno oscuro temerosas,
son cárcel de sí mismas, enojadas,
las flores, encerradas
entre sus verdes brazos, y, llorosas,
niegan su blando aliento,
por no darle a la noche envuelto en viento.

Los laureles, que alzados requebraban
con amorosa voz el alto cielo,
prestan lenguas al suelo,
y endechas lloran los que amor cantaban:
y, por su dueño ausente,
llanto es la risa de la hermosa fuente.

La blanca Aurora con la blanca mano
abre las rojas puertas del Oriente;
ofrece, firme ausente,
las lágrimas lloradas, verde, el llano,
que él medio heló al verterlas
y entre esmeraldas las guardó por perlas.

Desata, alegre, el placentero gusto
la dulce voz del ruiseñor pintado;
lamenta en delicado
acento el mando de la noche injusto,
y, firme en su congoja,
ya en voz es ave, ya en color es hoja.

El álamo, que fue a la temerosa
vid, de la noche oscura amparo y guarda,
trepa, alegre y gallarda,

a ver del claro sol la luz hermosa,
y por la nueva dada,
le corona la frente levantada.

La tristeza que el cielo, el ancho prado,
pasa sin sol; el gusto y alegría
con que recibe el día,
al verse de sus rayos coronado,
mi pecho, ¡oh Celia!, siente:
en tu presencia, vivo; muerto, ausente.

Canción tercera

Crece a medida de mi ausencia amarga,
que es de mi fe la basa, su fiereza,
con mi amor firmeza,
más fuerte y alto mientras más se alarga.
¡Ay!, soberbio gigante
el cielo mide, un tiempo tierno infante.

De mis dulces memorias oprimido,
corre al soberbio mar más presuroso
Guadalete quejoso
dure tanta memoria en tanto olvido,
y, de la fe admirado,
huye, no corre ya, de mi cuidado.

Antes, del tiempo, la cerrada pluma
corte a sus filos negará, rendida;
la mar embravecida
antes no escribirá con blanca espuma
contra la nave airada
la sentencia en sus olas fulminada;

antes, cuando el sol sale más hermoso,
dejará de envidiar tu rostro bello,
y el cristalino cuello,
de su carro el Aurora, presuroso,
y las discretas flores
lo mejor de su ser en tus colores,

que deje el pecho tan dichosamente
de adorar esos ojos soberanos
y ofrecer con sus manos
su laurel, aunque humilde, a aquesa frente;

y a mí, el que he merecido,
Guadalete, por firme, entre su olvido.

Canción cuarta

¡Oh tú, detén el paso presuroso!
Ciego, cual yo me vi, deténle ruego,
antes que afirmes por tu mal lloroso
y alimenten tus lágrimas tu fuego;
acorta el paso, y sólo aquesto advierte:
te sobra tiempo de buscar tu muerte.

Antes que entregues ciego a un mar airado
cuanto manso le ves, tu navecilla,
y trueques de ti, ay triste, ay desdichado,
por su engañoso golfo aquesta orilla,
aconséjete, ¡oh Mopso!, aquesta entena
y aquesta quilla que aun le viste arena.

Mira esta rota entena, que ofrecía
en sus brazos desprecio al mayor viento,
mira la fuerte proa, con que abría
de su engañoso humor el elemento,
vestir de ejemplo aquestas playas solas,
y de desprecio y burla aquellas olas.

Mira la jarcia, freno con que pudo
regirse mientras, cuerda, sufrió freno,
atestiguar, aunque testigo mudo,
lo que yo te aconsejo y lo que peno;
mira esta tabla, deste ramo asida,
ministro de mi muerte y de mi vida.

Mi vestidura apenas ha dejado,
humedecida gracia a mi ventura,
reliquias triste del humor salado,
aun de su bien y el mío no segura;
colgar la ves y allí temblar su daño,
opuesta al claro sol del desengaño.

Cual tú, hermoso mar de hermosos ojos
hallé; dichosa se llamó mi suerte,
vistieron su bonanza sus enojos;
sus enojos también la misma muerte,
y della y dellos escapó mi vida,

amarga, apenas desta tabla asida.

Esta entena que ves, la coronada
playa, de las astillas de mi leño;
la jarcia, en esas peñas abrazada:
testigo mío, ejemplo tuyo enseñó;
dichoso tú, si en desventura ajena,
sabes joven, buscar la tuya buena.

Hija de noble selva, cual presume
tu nave altiva y fuerte, fue la mía;
mas este anciano tiempo que consume
cuanto miras, la trujo al postrer día:
y a tí, cual trujo a mí, si aquesta mudo
ejemplo, a su poder no te es escudo.

Aunque mudo, te habla, y el violento
enemigo, que buscas, espantoso,
en lenguas, te dirá del fuerte viento,
mi verdad y tu engaño lastimoso:
que poco servirá llorar la tierra
a quien un sordo mar y cielo encierra.

Mi ejemplo, la razón, mi triste llanto
cuanto saben te dicen y has oído.
Sigue tu bien, tu mar, si bien es tanto,
que, si en él entras, con razón perdido
serás; ¡y, bien dichoso, si alguna haya
rota concede besos esta playa!

Canción quinta

Sosiega, ¡oh claro mar!, el ancho velo,
muestra el rostro amoroso,
seguro que esta vez te envidia el cielo.
Goza blando reposo,
mientras mi dueño hermoso,
siendo sol en tus ondas da a los cielos
su rostro envidia y tu sosiego celos.

Sosiega las espumas, codiciosas
de robar a la esfera
los Peces que las hacen más lustrosas,
goce tu vista fiera
urca altiva y velera,

que una pequeña barca sufre apenas,
sin tan gran dueño, el lastre de mis penas.

Si por besar sus plantas, bullicioso,
muestra tu cristal ceño,
(¡cuánto puede el temor!) aunque celoso,
cuando el terreno isleño
besare el pie a mi dueño,
extendiendo sereno, ¡oh mar!, tus lazos,
le robarán sus besos tus abrazos.

¡Ay, cuánto fue cruel el que primero
aró el campo salado!
¡Ay, cuánto, ay cuánto fue de puro acero!
Teme el pecho abrasado,
de un risco fue engendrado,
pues no gimió también su osado intento,
de miedo el triste, si de enojo el viento.

¿Con qué rostro temió la cana muerte
aunque más espantoso?
¿Con qué rostro miró su altiva suerte?
¿Quién no temió furioso,
tal, el mar proceloso,
pues subiera sin fin su osado vuelo
a no impedillo con su frente el cielo?

¡Oh, duro pecho aquél, oh duros ojos
no anegados en llanto,
pues no temieron ser tristes despojos
ya, hechos, del espanto,
cuando miraron tanto
morador escamoso beber fiero,
y vista hambrienta, aun al veloz madero!

Mas ya mis quejas veo han suspendido
sus enojos al viento;
y en lazos de cristal claro, extendido,
se muestra el que violento
buscó en el cielo asiento,
y ya la playa, que azotaba airado,
blando regala, abraza sosegado.

Y a ti, ¡oh sereno mar!, que ya süave
gozas sosiego y calma,
en nombre mío, de mi dueño y nave,

recebirás por palma
desta cordera el alma,
que, a tu blando sosiego agradecida,
la desnuda mi mano de su vida.

Canción sexta

Desata, ¡oh Lisi!, en su furor eterno,
Orión, entre nubes emboscado,
en piélagos enojados
al pobre de cristal y amante tierno
Alfeo, cuya fuente
riega a Sicilia la sagrada frente.

Los cerros crespos en su escarcha blanca,
al ganado se muestran avarientos;
y los Peces sedientos
dándoles el Noroeste mano franca,
vuelven, más que insolentes,
las fuentes ríos y las nubes fuentes.

Sacuden, no el temor, mas, temerosos,
la confianza anciana, desgajados,
los robles, despojados;
los cantores vecinos, querellosos,
le desatan del pecho
endechas blandas al desierto techo.

No hay copado sauce o alto pino
que, anciano, en su color larga no aumente
bríos a la corriente,
que, furiosa, en su curso peregrino,
a la nieve que bebe,
hasta en su espuma la color le debe.

De todos domador es invencible
aqueste cano rey, el viento osado.
Suspiros que he dado
el soberbio raudal, cano, insufrible;
el hielo no vencido,
Lisi, tu pecho, tu rigor, tu olvido.

Canción séptima

Fiera enemiga mía,
mudable ingrata, prenda más amada
que lo es la luz del día,
pecho labrado de la nieve helada,
que en su tesoro el hielo
guardó para oponerse al Sol del cielo.

Quédate, más mudable
que el mar, y mucho más que él, si furioso
se levanta, intratable:
¡tigre escondido en ese rostro hermoso!
Adiós, pues mi esperanza
a manos muere de tu vil mudanza.

Cuando más enlazada
estés, tirana, con tu ingrato dueño,
te lamentos burlada
de sombra igual a la del falso sueño:
que tu fácil mudanza
merece falte en ti siempre esperanza.

De tu pecho villano
por villana ocasión, robe la vida
a tu hermoso tirano;
tú, burlada te veas, si atrevida:
porque de tu mudanza
a más aspira que esto mi esperanza.

Canción octava

Tiranos celos cuyo brazo fuerte
igual a al caballero y al villano;
vuestro poder y mano,
igual en esto con la misma muerte,
pues poderosa iguala
pajizos techos y dorada sala.

Besa vuestro sitio el más valiente
rey y de más vitorias coronado;
y, olvidando el arado,
el labrador también su imperio siente;
y las mismas estrellas,
de vos, más no hay a quien, forman querellas.

Por más que aqueje el presuroso vuelo

el águila, en las nubes emboscada,
siente la fuerza airada
-de quien aun no es exento el mismo cielo-,
pues se ve claramente,
en el color que viste, el mal que siente.

El toro, que en su frente confiado,
tiene en burla al león más animoso,
gime y brama, celoso,
lo que el mismo león siente, aquejado;
y la divina Aurora
celos a veces, más que muertes, llora.

Canción novena

Divino y claro cielo
contra mí conjurado,
de tu gusto movido y de tu agrado,
duro y constante hielo,
de un fuego no ablandado,
igual al del volcán de Etna abrasado:
¿por qué, con gusto injusto,
de mi mal no movido,
no, piadosa, el olvido
al alma triste tiras,
y ya, afable, no miras
que mi constante amor no ha merecido
tal premio, ni mis ojos,
después de tal llorar, tales enojos?

Divina fiera humana,
en cuyo ingrato pecho
dos contrarios se ven que me dan muerte:
¿por qué, hermosa tirana,
a quien te rindió el pecho
después que pude, por mi muerte, verte,
burlado de mi suerte,
dando a alguno el trofeo
que apenas conociste,
pues siempre ingrata viste
escrito en estos ojos mi deseo?
Mas, ¡ay!, que lo han borrado
las lágrimas amargas que he llorado.

Huye, enemiga mía;

imita al presto viento,
en su mudanza, al mar en su fiereza;
pues nunca verá el día
mi triste pensamiento
que, aun olvidado, olvide tu belleza,
y, entre aquesa aspereza
de tu mirar airado,
no confiese, abrasado,
ser indignos despojos
de aquesos claros ojos
el dar muerte a quien siempre te ha adorado:
Pues pretendo obligarte,
cual tú con olvidarme, con amarte.

Canción décima

Sale el sol al Oriente,
rico por robos de mil prados,
llena de luz la frente,
y della los cabellos coronados,
cumpliendo su alegría
promesas dadas por el alba fría.

Sale, y ya, receloso
de ver que un ruseñor con su voz tierna
alaba un rostro hermoso,
bien que sea de beldad su luz, eterna,
tal, envidioso, pasa,
que al cielo enciende y a la tierra abrasa.

Escucha los acentos
ya de verde laurel o manso río:
que, desde los asientos
de la risueña yerba o cristal frío,
daba a su rostro bello
el río perlas y el laurel su cuello.

Alégrase, alabado
-que aun no es exento de lisonja el cielo-;
descúbrese, fiado
en las verdades que le ha dicho el suelo,
tan bello y arrogante
que es, más que en cuerpo, en su beldad, gigante.

Inclina al Occidente

el eje de plata y los cabellos de oro,
vuelve a mirar su Oriente,
de su beldad viudo y su tesoro,
de cristal coronado,
cual rey hermoso del cristal salado.

¡Oh, cuán hermoso va, oh, cuán hermoso,
bebiendo aljófara de las ondas bellas
que, en su velo amoroso,
ya son corona al sol, ya al mar estrellas!
¡Qué gallardo y divino,
de Tetis busca el seno cristalino!

¿Ves cuán gallardo viene,
pródigo de beldad el rostro bello,
cuál Tetis le previene
lazos, con brazos de cristal, al cuello?
Pues su luz y alegría
es sombra en tu presencia, Lisi mía.

Canción undécima

Vuelve ¡oh divino sol! del alma mía
aquesta noche oscura;
sólo con que me mires, claro día,
vuelve de tu hermosura
color a mi ventura:
que está de mi color, estando ausente
yo de mi cielo y ella de su Oriente.

Vuelve: serán antídoto tus ojos
contra el veneno ausencia;
muerte son, serán risa mis enojos,
pues es de tanta esencia,
que vuelve tu presencia
-tanto, oh mi Lisi, vales, puedes, tanto-
la pena en gloria como en risa el llanto.

No desprecies, no olvides, claro dueño,
a quien por ti desdeña
el sol al día y a la noche el sueño;
¡oh cuánto aquella peña
que el mar hiere te enseña!
sé peña, cera sé: cera en amarme,
peña en ausencia, peña en no olvidarme.

No te mueva si alguno -en sangre roja
envuelto el acicate-
igual a su carrera su congoja;
no, aunque tierna dilate
querrelloso combate,
de igual lira igual voz, de triste suerte,
vida a su vida y a mi vida muerte.

Canción duodécima

« ¡Ay, cuánto fue gentil, airoso cuánto
el ingrato Teseo!
¡Ay cuánto fue cruel al dulce encanto,
oh amor, de tu deseo!
¡Cómo, hecho tu empleo,
te truecas, ah cruel, de fuego y ciego,
de ciego en Argos, cual en hielo el fuego!»

¡Ay, cuál lloró cuando esto repetía
la Minoida hermosa,
sembrando de su aljófar sol y día,
triste, sola y quejosa,
cuanto quejosa hermosa,
dando sus quejas, por su mal extrañas,
al mar blandura, llanto a las montañas!

Cuando desierto y frío el blando lecho,
triste y llorosa, viste,
¿cuánto helado sudor vistió tu pecho?
¿Cuánta queja esparciste
al ancho mar, ay triste,
mirando, entre sus olas y su viento,
reír a griega fe tu pensamiento?

No mereció perdón, ¿quién duda?, airada,
el discreto tocado,
más de alguna madeja despreciada
-habiendo despreciado
más de una al Sol dorado-:
a playa, viento y mar dio, en un instante,
despojo lastimoso si arrogante.

Nunca jamás el eco tan lloroso
¡oh mar!, confuso, oíste;

nunca gemir tan triste y lastimoso:
¡bien lo lloraste y viste!
Mas ¡ay, recelo triste!:
cuánto vales en mí, pues a tu llanto
es igual, ¡oh Ariadne!, siendo tanto.

Canción décimotercera

Desnúdase el invierno
(¡oh con cuánta beldad!) el verde prado,
canta alegre, si tierno,
risueño el ruiseñor, si enamorado,
y al prado y a sus hojas,
igual a su esperanza y sus congojas.

Ya el ganadillo manso
deja el ceñudo monte, baja al río;
busca el pastor descanso
al verde tronco del laurel sombrío,
hollando su manada
plata en las flores, por la escarcha, helada.

El pastor, receloso
ya sólo de su ausencia, blandamente
convida en son quejoso
a competencia igual la haya o fuente,
mientras pacen curiosas
sus manadas al prado, yerba y rosas.

¡Risueña, pues, agora
roba, mi Lisi, al tiempo flor y fruto,
mientras risueño ahora
de llanto el rostro te mostrare enjuto!:
porque en quien ama tanto
su vida es pena, su aliento es llanto.

Vendrá el invierno frío,
dará cárcel el cierzo más ligero
al más luciente río:
ríelo Mayo; llorarálo Enero,
viendo al olmo encumbrado
de hojas viudo cual de risa el prado.

Todo en fin obedece
a la calva ocasión (¡ah suerte dura!)

que aquel al mal se ofrece
que el tiempo (¡oh yerro grande!) le asegura:
pues su breve mudanza
no consiente a tu fe larga esperanza.

Canción décimocuarta

Noche triste y oscura, ciega noche,
hermana del espanto,
que negra escuchas del suspenso coche
a mi dolor y llanto:
¿por qué robas al manto
azul su luz? Mas, ciega ya sus ojos,
porque lloraron viendo mis enojos.

¡Detén! Mas, necia yo, ¿por qué te ruego
que me escuches o pares?
¿Qué templo te crecí? ¿Qué sacro fuego
pació entre tus altares
porque en mi mal repares,
si a quien le di el honor, el alma y vida,
me deja y burla, y quedo, en fin, perdida?

Detén, que aunque soy fuego y eres hielo,
noche negra, espantosa,
carrera hay larga de la tierra al cielo.
Ten, no estés temerosa
de mi llama furiosa,
que no es mucho se hiele en un instante
si en él se muda un hombre, que es constante.

Noche, cuando te viste más hermosa,
cuando te desvelabas
si por Juno celosa más celosa
¡qué despierta que estabas!
Pero, aunque tantos contarán tus ojos,
más jamás con tus ojos mis enojos.

Canción décimoquinta

Ya me muestra el Aurora,
por ti risueña, aquella frente bella;
y así dora o desdora
por mí su clara luz piadosa estrella;

y ya del sol la cara,
porque te gozo, me parece clara.

¿Con qué podré pagarte
el dulce bien de darme tus abrazos,
sino con entregarte
en tus prisiones y engañosos lazos
mi propio desengaño,
donde Amor lo celó con el engaño?

Ingrato dueño mío,
a quien mi vida rindo y mis despojos,
señor de mi albedrío,
oriente, sol y cielo destes ojos,
y sobre todo ingrata
más que la fiera que a su madre mata.

Sin duda que has nacido
de aqueste duro escollo, que, azotado
del viento embravecido
se muestra a sus enojos obstinado,
y del mar que no escucha
al hombre triste que en sus ondas lucha.

En esta antigua peña
mil señales miramos, horadada,
de blandura, que enseña
al ancho mar, de quien se ve abrazada:
y los dos de mis ojos,
no sacan de tu pecho más que enojos.

Escucha algunas quejas
de cuantas, ¡ay de mí!, le has escuchado,
entre menudas rejas,
a la de quien no has sido tan amado
como de mí lo eres,
¡mas no es igual la dicha en las mujeres!

Dueño ingrato y airado,
y, aunque en enojo y cólera encendido,
de mí muy más amado,
mucho más estimado y más querido:
si es que por ti no muero,
nunca esperanza en mis sucesos quiero.

Si sólo he presumido,

-no digo ejecutado- el ofenderte,
y si no te he querido
con límites exentos a la muerte,
y si por ti no muero,
nunca esperanza en mis sucesos quiero.

Véame eternamente,
que es mayor maldición, en apartadas
regiones, de ti ausente,
siempre sirva de ejemplo entre olvidadas
partes; si ya no muero,
ni esperanza de vida ni bien quiero.

La venerable plata
de mi querido padre, aquel anciano
rostro, vista escarlata,
si no te adoro; a manos de un villano
muera, como yo muero:
que ni padre, esperanza ni bien quiero.

¡Oh libertad amada,
mal haya quien no sigue tus amores,
y el alma que enlazada
se está en la red de amor y sus rigores!:
que el rapaz atrevido
al que más ama deja más perdido.